

## Sobre la comunidad psicoanalítica\*

### La Transmisión en la Supervisión

*Pierre Fédida* \*\*

Dado que actualmente ha quedado comprobada la extravagante disparidad de «criterios» de referencia del psicoanálisis, podría parecer utópico pretender todavía justificar la existencia de una comunidad psicoanalítica. Sin embargo, no es otro el propósito de mi trabajo. El argumento de este proyecto no podría ser considerado ni como la expresión de un idealismo, ni como la manifestación optimista de un deseo. Se formula más bien a partir del problema a la vez teórico y técnico del compromiso de la primera cura supervisada: es propio de la comunidad psicoanalítica que ésta se instaure en la situación analítica de la supervisión en tanto que la misma constituye una función mediante la cual la teoría se historiza.

Formulado de tal forma, este argumento deja de lado en forma voluntaria (y provisoria) las diversas y variables condiciones de la particularidad del trabajo psicoanalítico, del cual también sabemos que dista mucho de obedecer normas unificadas. ¿No sería quizás necesario, en efecto, abocarnos a la evaluación de las concepciones según las «escuelas» y grupos psicoanalíticos? ¿No convendría asimismo conservar una ley de relatividad cuyo espíritu de tolerancia estuviera destinado a dejar una gran libertad en relación a la interpretación de qué es lo que es psicoanalíticamente teórico y técnico? Sin embargo, vemos que en nombre de dicha tolerancia pueden llegar a defenderse prácticas totalmente heterogéneas, que pueden incluso alejarse completamente de la teoría analítica. Una breve reflexión sobre la «articulación» entre

---

\* Publicado en «Psychanalyse à l'Université.», traducido por Cristina Fulco para R.U.P. con autorización del autor.

\*\* Miembro Titular de la Assoc. Psychanalytique de France.  
3, me du Regard, 75006 Paris, Francia.

el análisis personal y el análisis de supervisión puede ser adecuada para precisar esta idea de comunidad psicoanalítica.

Las observaciones e hipótesis que presento a continuación se basan en mi propia experiencia como analista «habilitado para la práctica de la supervisión» en el marco de la Asociación Psicoanalítica de Francia y en la experiencia recogida -si bien en forma más restringida- en las supervisiones «no curriculares» realizadas con psicoanalistas o psicoterapeutas o incluso, en forma puntual, con pequeños grupos en ocasión de estancias en el exterior. La comparación entre estas experiencias sería fecunda, por cuanto tendría un valor testimonial y no de ejemplo, en relación a la perspectiva en la que nos ubicamos en este momento: la determinación de algunas de las condiciones de existencia de una comunidad psicoanalítica.

Si admitimos que el compromiso de la «primera cura bajo control» (en el marco de un curso curricular institucional) comporta la recomendación al analista en formación de que continúe durante algún tiempo con su análisis personal, se está denotando una configuración original (pero no excepcional) que plantea opciones teóricas precisas. Estas opciones no conciernen solamente a la teoría de la trasmisión y por tanto de las transformaciones de la transferencia (y a través de la misma), sino que abre el problema fundamental de la historización de lo teórico a través de un caso, del relato de una cura -frente a un tercero, analista institucionalmente habilitado para practicar el análisis de supervisión. Sabemos que la simplicidad aparente del protocolo de la supervisión en el marco de la formación psicoanalítica (más que de la «formación de analistas») ha dado lugar al análisis de los procesos interactivos complejos que subyacen a la situación de supervisión. Pero nada ganaríamos con permanecer aquí sometidos a esta forma simple que coloca al analista que actúa en la cura frente a un tercer analista: frente a éste, la cuestión es pensar lo que se habla dentro de la cura o, más bien, lo que habitualmente queda como resto de las sesiones, una vez que se ha producido el olvido necesario en la memoria del analista mientras escucha a su paciente. La forma simple no consiste en un relato narrativo. Es más bien por la ajenidad violenta de la aparición de este tercero que la comunidad psicoanalítica queda comprometida en una ruptura de la intimidad transferencial/ contratransferencial. Todo es como si hablar de quien ha sido escuchado y ha dicho en presencia de este tercero, lo que ha sido pensado, erigiera la resistencia máxima que plantean simultáneamente y en forma

conjunta la teoría y la comunidad.

Se objetará seguramente que el planteo que acabo de bosquejar no podría ser generalizado. Así es, efectivamente. Es relativamente frecuente que la situación de supervisión -marcada por *el sello de lo familiar*- sea concebida como un intercambio técnico basado en un material de cura en relación al cual se desea un relato tan detallado y preciso como sea posible. Al mismo tiempo que se interpretan los movimientos transferenciales y contratransferenciales del analista con su paciente, se explicita la incidencia de la supervisión sobre la cura. Desde este punto de vista, nada impide, en efecto, considerar la situación de supervisión como una comunicación de aprendizaje, alguien que se forma en contacto con otro que tiene más experiencia en la práctica del oficio. Sin embargo, este enfoque implica el riesgo de dejar de lado la instauración histórica de lo teórico por parte de la comunidad. Esta instauración es psicoanalítica en el sentido de que la supervisión responde a una tópica teórica implícita en el proceso de la cura -proceso que es en si mismo literalmente formativo para el analista que actúa en la misma. En otras palabras, el convertirse en analista del analista que actúa en la cura está regulado por el proceso, a condición de que lo teórico dé lugar a la actividad de construcción (y por tanto de lenguaje) en el analista. Llamamos aquí lo teórico al conjunto de lugares producidos por el lenguaje en la escucha del discurso del paciente: esta producción de lugares es la actividad de construcción/des-construcción del analista (en la medida en que se convierta en tal con su paciente) que trasciende a toda Interpretación, sea ésta formulada o no.

En tales condiciones, es evidentemente ya más claro que el análisis de supervisión convierte al analista-tercero en el extraño de la teoría, cuyo lugar exterior responde a la necesidad del analista de la cura de traducir lo que se habla en ésta. La traducción teórica no es quizás más que la puesta en figuras por medio del lenguaje, en el sentido -podríamos decir ampliado- que toma la figurabilidad freudiana. Lo teórico es el campo de los posibles de lo figurable, bajo esta condición de que se instaure en la cura una situación analítica, es decir, que la construcción de esta situación no haga ocupar al analista un lugar, sino que lo forme para recibir en lenguaje y para dar a través del lenguaje los lugares-figuras de un discurso. Aproximativamente, podríamos entonces preguntarnos si la supervisión -forma de gestación de lo teórico- no es una estructura tópicamente isomórfica con la de la situación analítica y la de la construcción, y si no es, mediante la inclusión, el género del texto teórico, metapsicológicamente. Si

nos atenemos a tal hipótesis, se trataría entonces de confiar empíricamente a la supervisión la función de organización tópica de la actividad metapsicológica del analista en la cura. Y si dicha hipótesis fuera confirmada, sería necesario admitir que la supervisión inaugura la comunidad psicoanalítica sobre la base de un trabajo teórico (como descubrimiento del trabajo del síntoma). La historicidad de este trabajo - adquirida mediante el desajuste de las identificaciones transferenciales del analista en su análisis personal y mediante el análisis de estas identificaciones- se halla ligada tanto a la exterioridad ajena del analista supervisor como a esta objetividad del caso cuyo «tratamiento» requiere en el analista una masiva resistencia de represión. Finalmente, esta historicidad plantea toda la dificultad de una comunicación entre analistas, dado que en este caso la comunicación no podría ser escuchada como un relato interpersonal narrativo o expresivo sino que comporta, por el contrario, «efectos» interpretativos.

Podríamos, obviamente, explayarnos mucho sobre la evolución de estas propuestas o hipótesis. No lo haremos ahora, por cuanto su objeto no es el centro de nuestro planteo. A partir de este argumento podríamos ejemplificar algunas concepciones típicas que son frecuentes en los medios psicoanalíticos. Que el analista del analista (en formación) se instaure como analista supervisor de éste restringe, e incluso impide, en su analizando su capacidad para este trabajo teórico que es exigido por el extraño de la comunidad. De otra forma, lo mismo ocurre si el analista supervisor ocupa la función imaginaria de analista del «supervisado»: el efecto de control haría correr el riesgo de un adoctrinamiento teórico que anularía lo teórico del psicoanálisis. Se pueden imaginar muchas otras concepciones típicas, entre las cuales la más extendida es por cierto la de una pedagogización de la teoría a través de la investigación «clínica» de su verificación aplicada. Ante esta eventualidad, se diría que prevalece la cultura teoricista así como su saber, y que lo teórico no tiene posibilidad alguna de constituirse en una tópica de la formación del analista en la cura. También es cierto que si esta eventualidad se produce, el analista supervisor se convierte en un tercero intrusivo en la cura y que se falsifica el proceso psicoanalítico en su conjunto. Cabría agregar que si el analista supervisor evita pocas veces convertirse en una formación superyoica del analista y desempeña en tal o cual momento el rol de una imagen-pantalla, debe al menos procurar, mediante su técnica, no ocupar el lugar de la teoría: todo desvío en este sentido obtura el lugar necesario para la actividad de construcción del analista que actúa en la cura y pone en jaque a la comunidad psicoanalítica. Es fácil adivinar que el interés de evocar algunas de estas concepciones típicas radica en poder

describir las modalidades transgresivas cuya realización reduce de inmediato lo que llamamos teórico y comunidad en el psicoanálisis. Y estas operaciones transgresivas - que ningún analista puede pretender no haber realizado en algún momento- no parecen Impedir la «comunicación» entre los analistas en el seno de su sociedad o de su grupo, ¡y no parecen tampoco estigmatizarse como antifreudianas!

Incidentalmente, por así decirlo, nos vemos súbitamente confrontados al error, quizás heurístico, de una formulación que busca establecer bases comunes en el psicoanálisis. Esta expresión ¿no requiere de inmediato respuestas bien fundadas referentes a la teoría freudiana, a los valores codificados por el marco, a los criterios utilizados en los programas curriculares de formación? En el caso límite, la coherencia en el reconocimiento y definición de las «bases comunes» puede producir un consenso ideológico-profesional que se reflejaría en forma doctrinaria sobre la teoría y sobre un estatuto jurídico de la «profesión» de psicoanalista. El peligro es real a partir del momento en que la preocupación por pensar las «bases comunes» aparece bajo la amenaza del empobrecimiento cultural del psicoanálisis o incluso bajo la Influencia de sus detractores, quienes, desde hace ya mucho tiempo, se han declarado freudianos y renombrados «psicoanalistas». En nuestra opinión es muy poco probable que se logre el establecimiento de «bases comunes del psicoanálisis» -salvo de forma nominal y formal y, por qué no, también administrativa.

Si yo sostengo aquí -aún bajo el riesgo de su utopía- que el verdadero problema es el de la condición teórica del psicoanálisis y de la comunidad psicoanalítica que históricamente la constituye y a su vez la funda, es quizás porque no existen otros medios para pensar psicoanalíticamente lo que puede ser dicho en común.

La idea de que una comunidad psicoanalítica recibe su identidad de la afirmación de su pertenencia -en el caso freudiano-a través de sus discusiones científicas, de su concepción de la práctica y de la formación, es ciertamente necesaria, pero ya no es suficiente en nuestros días. El argumento que planteo en mi propuesta deja evidentemente entrever que, por cierto, comunidad psicoanalítica y sociedad (o asociación) de psicoanálisis no pueden coincidir y que no deben intentar lograr tal coincidencia. En el sentido que nosotros le damos, puede existir una comunidad psicoanalítica entre analistas que no aducen tenerla misma filiación. Lejos de suponer que esto represente un inconveniente o simplemente algo que ha de ser lamentado, sería

preferible considerar la ideologización cultural de lo teórico (metapsicológico) como la verdadera manifestación de la autoexclusión de la comunidad psicoanalítica. Digamos, en resumen, que esta ideologización cultural de lo teórico consiste en una comportamentalización -a veces nominalista- de los conceptos y los modelos, de tal forma que lo teórico pierde su «función» tópica y por tanto su capacidad de intra y de auto-transformación. Ya hemos dicho que lo teórico en el psicoanálisis supone la producción de lugares y de cambios de lugares, una disponibilidad para las «operaciones» analíticas de construcción/des-construcción traducción, traslación. Es decir que conviene reservar para lo metapsicológico el valor que Freud le asignaba, y reservar para sus «seres» (el sueño, la transferencia, la pulsión, ...) un estatuto bastardo entre concepto y fantasía, o entre modelo y ficción. La libertad metapsicológica de la obra freudiana se basa en certidumbres que deben ser compartidas (la sexualidad infantil, el inconsciente, el edipo, la castración, ...) pero que comprometen intrínsecamente el principio de transformabilidad del pensamiento teórico en un trabajo de la práctica analítica. La comunidad psicoanalítica existe, de hecho, bajo tal condición.

Podríamos quizás a veces asombrarnos de que la rica variedad del material que nos presentan nuestros pacientes no genere en los analistas una inventiva metapsicológica que esté a su altura. Quedaremos más sorprendidos aún de ver que los analistas descuidan la función autoteórica e intratransferencial del síntoma -fuente del proceso de teorización en la cura, a la vez que forma solipsista casi acomunitaria. ¿Y cómo podríamos aún desconocer la insistencia de Freud hasta el fin de su vida en preservar para la teoría de los sueños el lugar de un verdadero paradigma de la teoría y de la técnica analíticas? Estas interrogantes deben tenerse presentes si deseamos avanzar en esta investigación que se refiere a aquello que permite decir que una teoría es procesal y estructuralmente psicoanalítica.

Las exigencias de la metapsicología son quizás hoy en día confrontadas a la expansión de las ciencias cognoscitivas y de las neurociencias. Estas exigencias son, en última instancia, las de generar un incremento en la inventiva especulativa. Ahora bien, tal inventiva no puede ser siquiera concebida en tanto la comunidad no nos incite y en tanto nuestra práctica no exija a nuestro pensamiento audacia y curiosidad.

Por cierto, sólo re-evaluando el estatuto psicoanalítico de lo teórico se podría

plantear el problema de las **bases comunes de la formación.**